



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 12.

JUEVES 19 DE MAYO DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIA un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

SUMARIO.

EL PROGRESO EN LA FAMILIA (*Conclusion*), por J. Marin Ordoñez.—EL CASTILLO DE PINO-FIEL, por Adrian Viudes y Giron.—PINTORES CELEBRES ESPAÑOLES: Apuntes biográficos: VELAZQUEZ, por A.***—EL CASTILLO DE MAGDALO (*Continuacion*), por Enrique Perez Escribá.—A GRANADA, por M. Seco y Shelly.—RECUERDOS, por F. Rovira Aguilar.—BIBLIOGRAFIA, por Francisco de P. Entrala.—LETRILLA, por Iglesias.—HISTORIA NATURAL: La Gígarrá.—MIS PRIMERAS LÁGRIMAS, por F. de la Cruz Rovira.—CANTARES, por J. Amell.

EL PROGRESO EN LA FAMILIA.

(CONCLUSION.)

Entrando en la República de Licurgo, por doquiera hallamos la misma degradacion en la familia que hemos indicado en los demás países, el mas refinado sensualismo, el despotismo mas absoluto, el envilecimiento y la esclavitud de la mujer, el abandono mas lamentable de los hijos. Sin otra mira en la legislacion que dar al Estado muchos y vigorosos ciudadanos, consagra el legislador el inmoral principio de promiscuidad, absurdo que hace descender á la mujer lacedemonia al último grado de la deshonra y la degradacion, y sujeta á las doncellas á ejercicios duros y violentos que las hace perder su candor y dulzura. Rompe los lazos de la familia declarando á los hijos pertenencia del Estado, quien los educa á su capricho ó los condena á morir, si al presentarse en el número de los vivientes con naturaleza débil y enfermiza, dan pocos indicios de poder prestar una utilidad fisica y bruta. ¡Pueblo ciego, que por saciar con aparente austeridad tus placeres, te has dejado arrebatat los mas gratos sentimientos! ¡Sociedad ignorante y envilecida que así ultrajas la grandeza del hombre! Escucha el grito de inocencia que desde las profundidades de los Apotetes dejan oír millares de tus hijos; oye cómo se duelen de tu estravío y cómo las generaciones á quienes llegan sus ecos, lloran entre aquellos seres desgraciados la pérdida de algun genio á quien acaso hubiesen coronado de gloria.

Si de Esparta pasamos á su rival Atenas, aun se presenta á nuestra vista el cuadro mas oscuro al notar en la patria de Platon y de Pericles, que un Solon autoriza el adulterio en sus leyes; un Sócrates, el sabio por escelencia, el modelo de los ciudadanos honrados, sanciona la poligamia con su ejemplo; un Aristóteles predica la esposicion de los infantes; una religion en Vénus, con sus mil cortesanas, consagra la prostitucion pública, y en el terrible Saturno diviniza el sacrificio de los hijos.

Llegamos por fin á Roma, océano inmenso que, recibiendo en su cauce el repugnante tributo que vienen á rendirle los pueblos todos, elabora en el volcan de los vicios la lava devastadora que ha de consumir sus entrañas. El poder absoluto del hombre sobre la mujer, coloca á ésta en la familia como una hermana mas de sus propios hijos, sujeta como ellos á ese poder omnímodo, desconocido en los demás pueblos, y que se revela en la coencion forma del matrimonio, conocida en tiempo de Rómulo; y modo el mas usado de adquirir la propiedad en todas las naciones. ¡Triste espectáculo que equipara la que debe ser delicia de nuestro corazon á un objeto cualquiera vil y rastrero! ¡Acto repugnante que sujeta á interesada discusion y mezquino regateo, á la que debiera poseer el tesoro de nuestro amor, la riqueza de nuestro cariño!

En virtud de ese derecho de propietario, el marido podia usar y abusar de la esposa, el padre podia usar y abusar de los hijos, podian cederlos y destruirlos, venderlos y renunciar su posesion; derechos todos que, para baldon é ignominia del pueblo rey, fueron ejercidos muchas veces. La mujer, como la heredad, fructificaba para su marido, para él adquiere las riquezas, para él da vida á seres tan desgraciados como ella, pedazos separados de sus desgarradas entrañas, á quienes una sociedad infame y una ley brutal colocan en la baja categoria de insignificante cosa.

Numa intenta ya suavizar algun tanto la

condicion de la mujer; mas sus deseos se estrellan contra la rudeza del pueblo de Rómulo, y al habilitarla para heredar de sus padres y al establecer el matrimonio por dote, pone en las *matronas* un manantial mas de crímenes domésticos, y de horribles vejaciones. Desde entonces no se buscaron esposas, sino dotes, viéndose halagada la mujer rica, aunque fuese infame y envilecida en la prostitucion, y despreciada la casta virgen á quien solo engrandece el tesoro de su modestia y su pudor: así cunde cada día mas la degradacion, y se multiplican las injusticias, y el repudio, con sus desastrosas consecuencias, viene á introducir en la familia el mas completo desorden; práctica que suspende algun tanto la opinion pública; pero que las leyes restablecen, con el poderoso estímulo de permitir al marido reservarse parte del dote.

La ley de las *Doce Tablas* reanuda, agrava, si cabe aun mas, el envilecimiento de la mujer y del hijo: introduciendo el matrimonio por uso, iguala aquella á una propiedad mobiliaria, sujeta á las mismas disposiciones; prescriptible como ella: estableciendo el divorcio por las mas insignificantes causas, y aun haciéndolo obligatorio por alguna, mata todo sentimiento puro, toda aspiración del alma, y vése llegar el día nefando en que los censores, graves ministros de esa desconsoladora é injusta ley, obligan á Casilio Ruga á repudiar á su esposa, intentando secar el cariño de su corazon por no haber dado una nueva víctima al Estado. Renovando la dura disposicion de Rómulo se da al padre en las *Doce Tablas* el derecho de vida, de muerte y de venta sobre sus hijos: «*Endo liberis justis jus cite, necis venundandique potestas ci esto*» dice la tabla IV. Derecho que ejercen en su tribunal doméstico y que permite á Casio Viscelino hacer matar á su hijo despues de haberle hecho apaleat, y á M. Scauro á obligar al suyo á darse á sí mismo la muerte. Degradándose así cada vez mas la familia, bajo el peso abrumador de unas leyes despóti-

cas y sensuales; alterándose cada día mas las naturales y suaves relaciones entre esposo y esposa, padres é hijos; borrándose toda idea de perfeccion y adelanto, sube Augusto al trono imperial, y al contemplar el tenebroso mar sobre cuyas encrespadas olas flotaban, ténues vestigios, las leyes conyugales, los lazos domésticos, las costumbres y los sentimientos mas santos de la naturaleza, intenta vano empeño! poner diques al devastador torrente.

Tanto extremo de deshonra y de opresion arrastra á la mujer á una reaccion violenta, causa poderosa de mas y mas degradacion en la familia.

Consagrado nuevamente el matrimonio por dote, empiezan á sacudir el yugo que la oprimiera; y adquirida la facultad del repudio, llega al desenfreno mas completo su abandono: ya no se encuentran vestales que cuiden del fuego sagrado y del *paladium*; en el senado y en el foro, en las hospederías y en las termas, en las plazas públicas y en los templos de los dioses, en todas partes ha cundido la infame seducción de miliares de Cleopatras, Livia y Mesalinas.

Mas desastrosa y triste es la condicion del hijo, víctima de la sed homicida que trastorna los sentimientos de las mismas madres, ni en su propio seno hallan seguro asilo, y los mismos filósofos, que no los cuentan entre los individuos de la especie humana, quitan del número de los crímenes el aborto y el infanticidio: «Matar á un hombre, dice Quintiliano, es *por lo regular* un crimen; pero matar sus propios hijos es á veces una buena accion.» ¡Quién estrañará ahora el negro Velabro y la terrible Columna Lactaria, cuyo solo recuerdo estremece al corazon mas duro, al alma menos sensible!

Tal es el cuadro de la sociedad doméstica ligeramente diseñado, en los pueblos que no conocieran las inspiraciones de la idea cristiana. Agostados los sentimientos del corazon, ajadas las tendencias del alma y oprimida la voz de la conciencia, han abismado en el lodazal inundo de las pasiones á la mas dulce y veneranda de las instituciones; han arrastrado á la familia por entre el polvo asqueroso de sus crímenes, y al marchitar insensatos esa flor de la vida, no han advertido que robaban to lo aroma á nuestra triste existencia; al herir ciegos el corazon de esa víctima, no han pensado que su pútrido hedor habia de ahogar á la humanidad y convertirla en un cadáver. En vano intenta reanimar su vigor en las inspiraciones de sus filósofos, en los acentos de sus sacerdotes, en las prescripciones de sus legisladores; los filósofos con sus máximas y sus ejemplos disolventes, los sacerdotes con sus solemnidades impuras, los legisladores con sus códigos, ricos arsenales de sensualidad y despotismo, ni aun pueden prestarle una vida pasajera y galvánica, solo sirven para aumentar su frialdad y su rigidez; aquel cadáver necesitaba otra sangre y otra alma.

Solo podian dar vida á la humanidad una nueva raza y una nueva idea: la raza vino del Norte, pura como la nieve que le sirvió de cuna, virgen como los bosques que le prestaron sombra, independiente cual el ave que dirigió sus pasos: la idea vino del Oriente, brillante, como engendrada en las regiones de la luz, sublime como concepcion del Eterno, santa cual la realizacion de un pensamiento divino.

Acaso Tácito, penetrado de la corrupcion romana, quiere formar significativo contraste exagerando la bondad de los pueblos germanos; mas estudiando el fondo de sus instituciones, deteniéndose en la expresion de su carácter dominante, el historiador filósofo no puede desconocer la dignidad que dieron al hombre, la vitalidad que comunicaron á la familia. Su respeto al individuo y á la independencia les hace mirar como sagrada la igualdad de la mujer y venerar mas su prudencia y el candor de sus sentimientos, que los transitorios atractivos de una belleza fugaz y pasajera. No recobra

por completo, es verdad, la naturaleza sus derechos, ni se purifican de un todo sus sentimientos; mas vemos la poligamia relegada al rey y á los grandes; vemos á la adúltera severamente castigada, y á la jóven impura vagar abandonada sin hallar un ser fuerte que ampare su debilidad; vemos al hijo armado de la terrible *Francisca* figurar al lado de sus padres en las asambleas de los libres. Asi, renaciendo algun tanto el espíritu de la naturaleza, reviviendo el apagado eco de las eternas leyes grabadas en nuestra alma, va abriéndose espacio, asomando en lontananza un porvenir de progreso y perfeccion; ideal que realizará el Cristianismo, levantando completamente la santidad de la familia y divinizándola con su celeste virtud; pensamiento grande de moralidad y justicia.

Estudiemos la sociedad doméstica regenerada por esa religion de caridad y amor. Levantada la humanidad toda de la postracion y abatimiento, al aprender la familia lo elevado de su origen, la grandeza de su destino, sacude el duro yugo del despotismo que la oprimiera, sale de la cenagosa sensualidad que la manchaba: ya el esposo no será un tirano, ni la esposa una esclava, ni el hijo víctima inocente de un capricho; el santo amor que inspira esa religion de caridad, hace del hombre un protector solícito y cuidadoso, de la mujer un ángel de paz y de consuelo, del fruto de su union fuente de placeres y dulzuras; elevado por el Dios Hombre el sentimiento natural que confunde á dos almas en un solo pensamiento, en una voluntad exclusiva, rechaza toda idea de dureza y absoluto predominio, condena todo atractivo de materiales y mezquinos intereses, anatematiza toda tiranía, toda liviandad, todo cálculo egoísta.

Traslademos nuestro pensamiento á los primeros dias del Cristianismo, bella infancia en que la fe pura y vigorosa ejerce su divino poder; penetremos en las lóbregas y sombrías catacumbas, mansiones silenciosas, cuyos senos encierran las mas puras virtudes de los que un mundo corrompido se hace indigno. A la pálida luz de vacilantes lámparas vemos postrados ante la tumba de un mártir y á los pies de un venerable pontífice al jóven casto y á la pura virgen, cuyas recíprocas promesas van á unir dos almas en la eternidad: no busquemos un cortejo brillante, oro, púrpura y estrepitosos juramentos; la humanidad, aunque mas reducida allí, es mas sublime y mas grande: ancianos de blanco cabello, padres de dos generaciones, agradecidos deudos, forman todo el séquito nupcial; la virginidad sin mancha es todo el tesoro de la futura esposa; el pudor y la modestia los adornos que ciñen sus sienes; la ferviente plegaria que en profundo recogimiento elevan aquellos corazones al trono del Eterno, es el único indicio de sus esperanzas, sus deseos y de su fe.

Desde entonces empieza una distinta época para la familia, los vínculos santos de la naturaleza, rotos por la idea pagana en una civilizacion materialista y sensual, adquieren nueva sancion por el Cristianismo, que para perfeccionar la índole de la humanidad le abre el camino de un progreso espiritualista y puro: la unidad se corrobora en el corazon de los que solo viven el uno para el otro: la indisolubilidad se fortifica como expresion del amor eterno que se prometieron y de la continua ayuda que se deben.

¡Qué se ha hecho de aquellos felices tiempos! No mirais á las generaciones presentes hundirse en su materialismo grosero e impuro, no veis cómo se revuelven en el asqueroso lodo de un impúdico sensualismo: fijaos en la culta Europa; nueva Roma del mundo moderno, ha metalizado su alma, y el dios oro es la divinidad potente ante la que deja oír sus juramentos y sus promesas; nada valen á la casta doncella su virginidad y su pudor, nada significan las sentidas lágrimas de corazones sin mancha: entre denso vapor de una continua orgía, se oye esclamar con escéptica indiferencia: ¡Es rica esa mujer!

Relajados todos los vínculos, rotos todos los lazos, ha desaparecido la armonía; la esposa va perdiendo el santo prestigio que el Cristianismo le diera, vése abatida, despreciada muchas veces y reducida otras á la categoría de una criada de lujo, llegando algunas á ser impura compañera de nuestros desórdenes, la que debiera ser ángel tutelar de nuestras virtudes. Y entre tanto, con un brillo deslumbrador y sensual quiere cubrirse el horroroso cáncer que corroe nuestra sociedad, sin advertir que bajo ese velo deslumbrador se oculta un ser destrozado, cuyo clamor de muerte se deja oír á lo lejos, y que tarde ó temprano ha de dar el último suspiro, si la única idea de salud no viene á curarle. Aprendan los pueblos presentes que solo en el pensamiento cristiano encuentran el desarrollo de su perfeccion, los fundamentos del verdadero progreso, pensamiento que debe dirigir sus pasos sino quieren dejar en un eterno baldon de su existencia y una oscura página en la historia de la humanidad.

J. MARIN ORDOÑEZ.

EL CASTILLO DE PINO-FIEL.

I.

Cerca de la ciudad de *** y á las orillas del mar se elevaba años atrás, sobre una pintoresca colina, un antiguo castillo, que á pesar de las muchas reformas posteriores, por sus ennegrecidos muros y los restos del rastrillo, puente y fosos, demostraba claramente su origen feudal.

Pertenecía éste con todas sus tierras adyacentes al ilustre conde de Pino-fiel, señor ya bastante entrado en edad y de muy rancias ideas, el que habiendo perdido en la guerra á su único hijo varon y posteriormente á su adorada esposa, vivia retirado en aquella antigua fortaleza con su hija Blanca, creyendo que allí podría mejor velar por ella su cansada vista.

Tenia Blanca quince abriles; ojos negros; tez suave y trasparente de un color blanco mate tan bello como indefinible; unos labios de suavísimos contornos, que cual el capullo de una rosa entreabierta, dejaban entrever una imperceptible sartita de perlas; y formando cuadro a tanta gracia, y recortando el óvalo perfecto de su rostro, caía á sus dos lados en caprichosos rizos de azabache su abundante y sedosa cabellera.

Estaba, en el instante en que empezamos esta historia, asomada á una ventana, y el alfeizar ocultaba á la vista codiciosa los atrevidos contornos de sus esbeltas formas, que hubiesen podido robarse á la vigilancia de su sencillo trage blanco. Era encantadora, y entonces mas que nunca, habia en ella un tinte melancólico tan dulce, sus ojos fijos á lo lejos en la tortuosa vereda que hacía la torre guiaba, tenían un no sé qué tan encantador, denotaban una impaciencia tan cariñosa, que venia á formar, alumbrada por la rosada luz del crepúsculo de la tarde, el cuadro mas poético que ha podido crear jamás la arrebatada mente de un artista.

¿Pero qué esperaba Blanca, la hermosa doncella, la idolatrada por todos, y el encanto y consuelo de su anciano padre?

Solo el amor es capaz de aumentar tanto encanto á las facciones de una niña, ese amor puro, grande, sublime y lleno de abnegacion que solo á esa edad puede sentirse.

Blanca vivia enamorada.

Blanca pasaba alegre el día y no echaba de menos en su amebado retiro el bullicio de las ciudades, porque sabia que al mediar la noche sonaria una amorosa guzla bajo sus ventanas y una voz tierna aunque varonil rasgaria el silencio, y llevaria hasta ella juramentos de amor y de constancia eterna.

Por eso de pechos á aquella ventana miraba melancólica el camino, y su corazon se dilataba con la idea de que antes de mucho vendria por él anhelante el gallardo trovador señor de sus pensamientos.

De pronto una nube de tristeza empañaba su cándida hermosura; Blanca era buena, y nada había confesado á su padre de aquellos ocultos amores: había contemplado á Ricardo cuando iba á orar al templo, le había visto después rondando sus ventanas, había oído luego el dulce timbre de su amorosa voz, y se había abrasado en sus miradas y le había entregado las llaves de su voluntad. Ella misma no podía darse cuenta de su amor, sin ella sospecharlo; cuando quiso buscar su corazón, vio que ya no estaba en su pecho y tuvo que amar á Ricardo que lo tenía, por no quedarse sin él para siempre.

Y en tanto su padre trataba de sus bodas con el marqués de Alvera, y ella sabía que en este punto sería inexorable, y por eso una lágrima rodaba por su mejilla de rosas.

II.

Corría por aquel tiempo en la ciudad de boca en boca una especie de cuento fantástico que hacía aparecer á don Félix de Leiva, caballero avecinado en ella de hacia poco, como un ser sobrenatural, mezcla de don Juan Tenorio y conde de Montecristo, de quien se contaban tantas estupendas aventuras, que á ser ciertas bien merecía la fama de atrevido emprendedor y afortunado que poseía. Vivía retirado en una vieja casa solariega hace poco heredada de un su difunto tío, y su existencia misteriosa añadía pábulo á las novelescas habillitas que de él circulaban.

Jamás en los dos meses que allí habitaba se le había visto salir para mal ni para bien, ni nadie conocía á sus criados, ni nadie sabía lo que allí se hiciese; pero circulaba empero como verídico el rumor de que cuando ya no quedaba una luz en la ciudad, ni un ciudadano que velase, salían dos ginetes por la puerta trasera de la casa que daba al campo, se alejaban al paso y en silencio un corto trecho, y desde allí arrancaban al galope con dirección á un convento que á unas dos leguas se levantaba imponente en la soledad de la noche; pero debían volver mucho antes de rayar el día, porque jamás aunque se apostasen pudieron sorprenderles á su entrada, y lo que es aun mas extraño, ni encontrar nunca, aunque recién llovido, las huellas de sus cabalgaduras.

Lo cierto es que en la noche de que nos ocupamos y á poco mas de las doce, cuando ya todo reposaba en calma, giraron silenciosamente sobre sus goznes al parecer enmohecidos aquellas pesadas puertas, dando paso á un apuesto caballero según lo que dejaban entrever su ancha capa de grana y su gran sombrero va'on; el caballero montaba un hermoso caballo tordo, y seguíale respetuosos otros dos ginetes al parecer escuderos.

Así anduvieron sobre diez minutos, y una vez trascurridos, rompió el silencio el caballero.

—Luigi, dijo, y uno de los dos que le seguían, apretando el paso hasta ponerse á la par con él, le contestó:

—Señor.

—¿Están todas mis órdenes cumplidas?

—Todas.

—¿La mordaza y las cuerdas?

—Preparadas.

—¿Jorge?

—Avisado.

—Bien, cuando lleguemos á dos tiros de ballesta del castillo, Miguel se quedará con los caballos, tú me seguirás de cerca sin darte á entender mientras no te llame.

—Bien, señor.

Con estas palabras partió á galope el caballero seguido de los dos criados, y el color rojo de su capa al pálido reflejo de la luna menguante y el silencio de la noche, le daban un tinte sobrenatural y diabólico.

III.

Aquella ventana de la torre donde admiramos por la tarde á Blanca, arrojaba un débil resplandor, en medio del cual se dibujaba una

hermosa figura: al pie sonaban los dulces sonidos de una guzla.

De repente cesó la voz y la música: se oyó el golpe que la guzla dió cayendo al suelo, y al mismo tiempo un

—¿Quién va?

—¿Quien quiere y puede, contestó otra voz desatenta

—En un solo hombre reconozco ese derecho; vos no sois, y aunque queráis no os dejaré poder la hoja de mi espada, profirió requiriéndola Ricardo.

—Lo veremos, contestó el otro dando al aire la suya.

—Ricardo, Ricardo mío, gemía Blanca desde su ventana.

En tanto los aceros se cruzaron despidiendo ráfagas de luz en la oscuridad, pero antes de mucho el de Ricardo había saltado á larga distancia.

—Vuestra vida me pertenece, dijo entonces el caballero, que no era otro que don Félix, el de la capa roja.

—Arrancádmela de una vez, rugió Ricardo.

Un ¡ay! desgarrador salió entonces de la ventana, y todo quedó en silencio.

A poco Luigi, amenazándole con una pistola y ayudado de su señor, ponía una mordaza en la boca de Ricardo y le maniataba al tronco de un árbol, mientras don Félix le decía.

—Ya os he probado que sé luchar y vencer, y que para mataros yo me basto; así, perdonad la traición que os da la vida.

La escena había sido tan rápida, que nadie se había apercibido en la torre y todo yacía en paz.

Entonces el caballero arrojó una escala de cuerda á la ventana, y trepó ligero por ella.

A poco bajaba con Blanca entre sus brazos envuelta en un espeso manto y desmayada.

Arrancó la escala y dijo á Luigi.

—Vamos.

Luigi le siguió silencioso, y entrambos tomaron hacia el mar. La orilla era por allí sumamente escarpada y era imposible verla desde el tronco donde luchaba desesperado por romper sus ligaduras el desgraciado Ricardo.

Sobre las aguas se balanceaba una barquilla, y Miguel esperaba allí con los tres caballos.

Luigi y él cabalgaron en los suyos, y con el de su señor de la mano emprendieron el camino que los había traído.

Don Félix recostó á Blanca cuidadosamente en la barquilla, colocóse á su lado, y ocupado solo en volverla á la vida, y embebido en su hermosura, se pasó largo espacio de tiempo.

Por fin empezó á respirar.

—Jorge, rema hacia el islote, le dijo al marinero, que le obedeció maquinalmente como todos los que cercaban á aquel hombre sobrenatural.

Blanca abrió los ojos y midió de una ojeada su horrible posición, dándole fuerzas solo la idea de saber de Ricardo.

—¿Le habeis muerto! preguntó entre sarcástica y amenazadora.

—Vive, os lo juro, y sin ningún peligro.

Entonces Blanca se separó bruscamente de don Félix y fué á sentarse en medio de la barquilla, pronunciando estas palabras, llena de fe.

—El me protegerá, puesto que vive.

Don Félix se embozó en su capa ocultando una irónica sonrisa y siguió sentado en la popa murmurando entre dientes.

—Tú te ablandarás después, pobre gacía.

El marinero remaba impasible.

La barca se deslizaba tranquila y silenciosa.

IV.

Ya se encontraban muy distantes de la orilla y la pobre Blanca que hasta entonces había mantenido viva su esperanza, empezaba á perderla, á temblar y á deshacerse en llanto.

Pero de repente empezó don Félix á forcegear desesperado.

—¿Quién me sujeta? dijo con rabia estridente y reconcentrada. ¡Favor, Jorge!

Jorge quiso acudir; pero en aquel instante

la barquilla, agujereada por su fondo, zozobraba y se hundía.

Don Félix estaba atado fuertemente á la popa de la barca, y su última palabra fue:

—¡Desátame!

Un brazo fuerte y protector mantuvo á Blanca al irse la barquilla al fondo; ella le reconoció bien presto; no en vano alimentaba una esperanza, bien sabía que viviendo Ricardo no la podía abandonar.

Abrazada á su cuello, le vió con una fuerza portentosa cortando las olas; su amor se las daba.

Sumergidos en las aguas luchaba Jorge mientras, por romper las ligaduras de don Félix: lo consiguió por fin; pero cuando ya medio asfixiados sacaron la cabeza á flor de agua, nada vieron, todo había desaparecido, y don Félix votaba y maldecía achacando su desgracia á algún poder infernal y creyendo cierta la muerte de Blanca, de la que flotaba el manto sobre las aguas.

V.

Ya empezaba á clarear; algunos labradores al salir de la torre vieron la mordaza al pie del árbol en que había estado Ricardo, y en su tronco las señales de la cuerda y algunas manchas de sangre de las que se hizo queriéndola romper.

Vieron después abierta la ventana de Blanca, subieron, indagaron, y pronto la alarma corrió por el castillo.

A los lloros de algunas mujeres se despertó el conde, levantóse espavorido, y averiguada la falta de su hija, corrió al campo como un loco, todos los colonos corrieron detrás de él hacia la orilla del mar, sin darse cuenta ninguno de la razón por qué lo hacía, ni aun él mismo tal vez; quizá un presentimiento le arrastraba.

¡Ay! al pobre viejo ya le faltaban las fuerzas é iba á caer exánime; pero en aquel momento surgió de las aguas un grito lleno de alegría; era la voz de Blanca, y la voz de Blanca que repetía.

—Padre, padre.

Entonces buscó ansioso con sus ojos la dirección de aquella voz, y vió la cabeza de su hija al lado de la de un hombre que luchaba jadeante por alcanzar la ya cercana orilla.

Pronto la tocaron; Blanca cayó en brazos de su padre, que lloraba de gozo y la tocaba, y la besaba cual si no creyera en tanta dicha.

Entonces ella en dos palabras le contó lo sucedido, y el buen señor abriendo los brazos á Ricardo, le dijo:

—Venid aquí, joven valiente y generoso, ¿qué podré yo negaros si á vos debo el honor y la vida de mi hija? vuestra es su mano.

—Bienaventurada mil veces esta noche que se nos presentaba tan fatal, prorumpió Ricardo.

...

Á los pocos días, en la misma capilla del castillo, un sacerdote unía para siempre á Blanca con Ricardo, evocando sobre ellos las bendiciones del cielo, y el conde los miraba cariñoso viendo que se le abría un manantial eterno de venturas viviendo al lado de aquellos dos seres que tanto se amaban y que serían desde entonces el apoyo y la alegría de su dichosa vejez.

La casa de don Félix en la ciudad, estaba al otro día completamente cerrada, y no se oía en las cuadras el relincho ni el manotear de los caballos; desde entonces permanece así, sin que nadie sepa lo que fue del misterioso caballero.

ADRIAN VIJES Y GIRON.

PINTORES CÉLEBRES ESPAÑOLES.

APUNTES BIOGRÁFICOS.

VELAZQUEZ.

Don Diego Velazquez de Silva, ó mejor dicho, don Diego Rodriguez de Silva y Velaz-

quez, apellidos que debían dársele, por ser su padre don Juan Rodríguez de Silva y doña Gerónima Velázquez su madre, nació, en ese florón de Andalucía que tan excelentes artistas ha dado al mundo, en Sevilla, por los años de 1599.

Desde su tierna edad manifestó decidida inclinación á la pintura: fue en un principio discípulo de Francisco Herrera el viejo y Francisco Pacheco, los cuales le aconsejaron que viniese á Madrid para estudiar los grandes maestros; apenas llegó Velázquez pintó algunos retratos que bastaron á darle merecida fama, fama que no tardó en llegar á oídos del

conde-duque de Olivares, que le dió á conocer á su rey don Felipe IV. Este le nombró su pintor de cámara en 1623. Mas tade se hizo íntimo amigo de Rubens, por consejo del cual emprendió su viaje á Italia, donde permaneció largo tiempo estudiando las obras de Ticiano, Veronés, Tintoretto, Miguel Angel y Rafael. Después de su estancia en Venecia y Roma pasó á Nápoles con objeto de visitar á Rivera, y de vuelta á España recibió nuevas mercedes del rey, que mandó establecer su estudio en la galería llamada del cierzo, en su propio alcázar. Velázquez continuó siendo la admiración de la corte: ejecutó multitud de retratos de

Felipe IV, de su familia y de los mas notables personajes de la grandeza. Pasado algun tiempo volvió á Italia con el encargo de adquirir objetos de arte, y visitó á Génova, Milan, Venecia, Pádua, Bolonia, Florencia, Módena, Parma, Roma y Nápoles, siendo muy obsequiado por el papa Inocencio X y alcanzado el nombramiento de académico de Roma. Volvió al cabo de un año de viaje, y habiendo pintado el cuadro llamado de las *Meninas*, fue nombrado caballero del hábito de Santiago. Al hacer su viaje á Irun, en calidad de aposentador mayor, sufrió grandes molestias, y á su vuelta murió en Madrid, donde fue enterrado con



EL CASTILLO DE PINOFIEL.—La barca se deslizaba tranquila y silenciosa.

gran pompa y solemnidad. Aunque sevillano, y educado en aquella escuela, se le considera fundador de la escuela madrileña. Sus mejores pinturas pasan de setenta, y en todas ellas se admira la acertada gradación de la luz y de la sombra en las distancias, el colorido de las carnes, la armonía, el tono dominante, el aire interpuesto, la verdad, en fin, lo cual es lo mismo que si dijéramos «en los cuadros de Velázquez se admira la naturaleza con todas sus galas, toda su magnificencia, todo su esplendor.»

El mundo que siempre admira el verdadero genio, le reconoce hoy como uno de sus mas célebres pintores, y el arte le venera después de transcurridos dos siglos, desde que en el año de 1660 murió en Madrid, á los sesenta y un años de edad.

A.***

EL CASTILLO DE MÁGALO.

(CONTINUACION.)

V.

BARR-ABBAS (1).

Aquella misma noche y á la misma hora en que Boanerges pulsaba su lira al pie de la ventana de Magdalena, en una angosta barranca de las cercanías de Cafarnaum se hallaba un hombre de aspecto feroz, mirada oblicua, barba roja, crespo cabello y miserable catadura, fuertemente atado con unas correas al tronco de una palmera.

(1) Barr significa entre los hebreos hijo, y Abba es nombre de honor que quiere decir: padre de familia. Los esclavos no podían dar á sus padres el nombre de Abba. El miserable asesino que inmortalizó la sentencia de Jesús, llamábase Barr-Abbas. Como los judíos eran muy propensos á buscar la etimología de los nombres, sin duda añadieron una s, haciendo del nombre abba (padre) el de abbas (padres), con lo cual quisieron darle el significado irónico de que era hijo de muchos padres.

Blasfemias horribles, maldiciones impías, amenazas espantosas brotaban de la inmunda boca de aquel hombre, que hacia esfuerzos inauditos para romper las ligaduras que le sujetaban al árbol.

Ocho hombres de rostro tostado por el sol, barbas irsutas, rodeaban la palmera coreando con alegres carcajadas los desaforados gritos del miserable prisionero.

A juzgar por sus trages y algunas jabalinas y flechas esparcidas por el suelo, y los largos y anchos cuchillos que pendían de sus cinturas, aquellos hombres eran una de esas bandas de malhechores que infestaban las doce tribus en la época que nos ocupa.

—¡Canta, Barr-Abbas, canta! Tu acento es algo parecido al del onocrotalo cuando desentierra los cadáveres, dijo uno de aquellos bandidos dirigiéndose al hombre que estaba atado en el árbol.

—¡Cobardes! ¡Cobardes! ¡Cobardes! Esclamó Barr-Abbas, arrojando espumarajos de ira.

—¿Lo oís, compañeros? Nos llama cobardes. Repuso otro, soltando una carcajada. ¡El, que es mas blanco que el sepulcro de un profeta! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

—Soltadme y vereis, volvió á decir Barr-Abbas.

—¡Oh! Si te soltamos echarias á correr, para escapar de la justa venganza de nuestros valientes capitanes Dímas y Gestas; pero pierde cuidado, no te soltaremos aunque nos arrojes al rostro tu inmunda saliva.

—No me soltais porque me teneis miedo.

Los bandidos soltaron á coro una carcajada.

—Solo las mujeres y los niños, dijo una voz varonil, pueden temerte, miserable asesino.

Los bandidos se volvieron precipitadamente, exclamando con respeto:

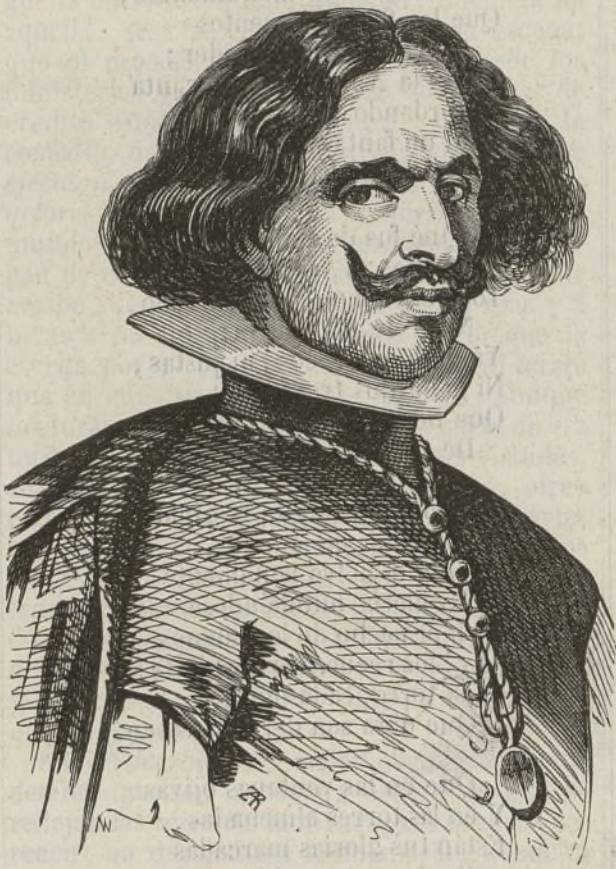
—¡El capitan!

—¿Qué ha hecho ese? Preguntó el hombre que se había aparecido tan de improviso entre los bandidos señalando á Barr-Abbas.

El que dirigió esta pregunta era un hombre de cincuenta años, de barba cana y rostro venerable.

Se llamaba Dímas, y en nada se hubiera conocido la infamadora profesion que ejercia.

—Ya sabes, capitan, dijo uno de los bandidos señalando á Barr-Abbas, que ese descubrió nuestra guarida á los soldados de Pilato el gobernador. ¡Ah infame, por un puñado de oro hacernos perder nuestra querida fortaleza de Heba! Tú, capitan, despues de la terrible refriega de aquella noche en que perdió la vida nuestro buen compañero Urias y tú recibiste una cuchillada en el hombro, nos encargaste á todos que te cogiéramos á este traidor; Gestas nos encargó lo mismo; y hoy ha caído afortunadamente en nuestras manos: le hemos sorprendido en una cueva de las cercanías del lago: acababa de asesinar villanamente á un pobre anciano que se resistia á entregarle unas cuarenta monedas de plata, fruto de su cosecha. Cuando nosotros entramos en la cueva, el pobre anciano se revolcaba en un lecho de sangre, mientras él, con la misma indiferencia que si nada hubiera hecho, sentado sobre



Velazquez.

una piedra, se entretenia en contar el dinero sin hacer caso de los lamentos del viejo, el cual nos dijo antes de morir que Barr-Abbas le habia herido. No otros entonces nos apoderamos de él, y como nos habias citado en este barranco, te le presentamos para que hagas lo que mejor te plazca de ese miserable.

Dímas, que habia escuchado esta narracion del bandido con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada fija en Barr-Abbas, que temblaba de miedo, dijo secamente:

—Las víboras se aplastan para que no emponzoñen la carne sana con sus mordeduras. Degolladle.

El bandido que habia hablado sacó su ancho cuchillo de la vaina y dijo acercándose al árbol:

—Voy á hacerle la honra á ese lobo de degollarle: lo siento por mi cuchillo, que no se

verá nunca, aunque le afile, limpio de tal mancilla.

—Dímas, eres un cobarde, exclamó Barr-Abbas; si me hallara solo contigo en los montes de Judá, me dejarias el paso franco y te quitarias el turbante para saludarme.

Y diciendo esto escupió en el rostro al capitan.

La mirada bondadosa de Dímas despidió un rayo de luz siniestra.

Su rostro se tiñó de color de sangre, y sacando rápidamente el cuchillo de la vaina, exclamó con voz de trueno:

—¡Soltad á ese hombre!... ¡Soltadle!... Y como viera que nadie le obedecia, se abalanzó sobre Barr-Abbas, y cortando las ligaduras que le tenian sujeto al árbol, volvió á exclamar:

—¡Ya eres libre! Libre como yo... dadle un cuchillo. Defiéndete, porque voy á matarte.

Dímas alzó la frente con fiereza, y con la mirada del leon irritado esperó á su contrario.

Barr-Abbas, aunque estaba suelto, no se movia del sitio.

Los ojos, el ademan de Dímas, le aterraban.

—Defiéndete miserable, volvió á decir el capitan; y como para enardecer el valor de su contrario le dió una terrible bofetada que resonó en el silencio de la noche como un árbol que se quiebra al empuje del huracan.

Barr-Abbas cayó al suelo como si hubiera recibido un mazazo en la cabeza.

Por su asquerosa boca salia un caño de sangre.

—¡Oh! Exclamó cubriéndose la cara con las manos, ¿de qué te sirve correr siempre detrás de ese falso profeta que se ha levantado en Israel con el nombre de Jesus? ¿Cómo te muestras tan admirador de su nueva ley? ¿Por qué te aprendes sus parábolas de memoria, y sus mandamientos, si no los practicas? «Perdonad á vuestros enemigos,» decia una tarde que le oí en las cercanías de Naim; «socorred al desvalido, protegéd á los débiles...» Eso decia, y tú le escuchabas con la boca abierta é inmóvil como la torre de David; y sin embargo, me humillas porque tienes mas fuerzas que yo,



Vista del Monasterio del Escorial.

porque estás entre los tuyos que te vengarán si te mato; cobarde, cobarde, cobarde.

Y Barr-Abbas se golpeaba la cabeza contra el suelo.

Dímas envainó su cuchillo.

Su semblante se serenó súbitamente.

Las palabras de aquel hombre resonaron en el fondo de su corazón.

Sus ojos torna on á adquirir la dulce y compasiva mirada de costumbre, y con una voz dulce como la de un mártir que mira á la muerte sin temerla, y la llama, dijo arrojando una bolsa llena de monedas á los pies de Barr-Abbas.

—Eres libre, véte: te perdono la vida y el insulto.

—¡Libre! Esclamó Barr-Abbas cogiendo las monedas y levantándose de un salto, ligero como el gato montés.

—Sí, libre.

—¿Y me puedo ir?

—A donde quieras. Has invocado el nombre del Mesías, del Salvador de Israel, del Maestro Divino: yo en su nombre te perdono. Véte.

Barr-Abbas abrió la boca, y después de mirar en derredor suyo con el asombro del avaro que se encuentra una moneda de oro á sus pies, tartamudeó con medroso acento:

—¿Te quieres burlar de mí? Me dices véte, y cuando me vaya, me arrojarás la jabelina por la espalda.

—Véte, miserable: yo te desprecio; mis armas no se mancharán con tu impura sangre.

Los bandidos que rodeaban á Dímas exhalaban un murmullo de desaprobación.

—¿Le dejó ir? Preguntó uno de ellos.

—Sí, le desprecio; que se vaya.

Barr-Abbas se apoderó de la bolsa que Dímas había arrojado á sus pies, y echó á correr con la ligereza del gamo.

Algunos bandidos hicieron el ademán de seguirle; pero Dímas les gritó con voz de mando:

—¡Nadie se mueva! ¡Dejad! ¿No habeis oído que he dicho que le perdono?

Mientras tanto Barr-Abbas, con una rapidez increíble, había trepado por la empinada ladera del barranco.

Cuando llegó á la cima se detuvo, y soltando una carcajada se desató la honda de cuero que llevaba sujeta al cinturón y envió á los bandidos una piedra que pasó silbando por encima de sus cabezas y fué á chocar contra una roca inmediata. Después desapareció.

Dímas, sin hacer caso de la soberbia del ingrato Barr-Abbas, reunió en torno suyo á sus bandidos.

—Oídme, les dijo: yo voy á separarme de vosotros por algunos días. Gestas, mi amigo, dirigirá mientras tanto vuestras empresas. Os espera en el silo del agua, en los montes de Judá; ya sabeis, al extremo de la vía sangrienta. Id, pues, á reunirlos con él.

Y el prudente capitán, sin esperar respuesta, cogió la jabelina que había dejado en el suelo poco antes, y encaminóse hácia el lago de Galilea, que se hallaba al No te del barranco.

(Se continuará).

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

Á GRANADA.

Granada, bella Granada,
Que recostada entre flores
Estás escuchando amores,
De alguna lira al compás,
Oye el canto que me inspiras
Allá en la noche callada
Cuando por sombras velada
En calma y misterio estás.

Aun quedan en tí recuerdos
Que nos presenta la historia,
De hermosos días de gloria,
Que pasaron para tí;
Y hoy solo nos han quedado
Esos recuerdos, Granada,
Que en el polvo de la nada
Caer há tiempo te ví.

Solo en tu recinto hay ruinas
Y escombros de monumentos,
Que los fieros elementos
Borrando van tu poder;
Y aun la Alhambra se levanta
Recordando tu pasado,
Cual un fantasma evocado
De las tumbas del ayer.

¿Qué fue de tu poderío?
¿Qué fue, dí, de tu pasado?
Todo el tiempo lo ha borrado,
Nada de tí resta ya:
Ya no hay torneos, ni justas,
Ni gallardos trovadores
Que nos canten sus amores
De su laud al compás.

Solo queda algun vestigio
De tu poder imponente,
Que en el polvo lentamente
Tu gloria hundiéndose vá;
Y en el pecho de los buenos
¡Ay! los recuerdos despierta,
Cada torre, cada puerta
Que obra son del musulman.

Que en las ventanas ojivas
Y en las torres almenadas,
Están tus glorias marcadas
Cual un eterno blason;
Y el viajero indiferente
Que ante tí se para y mira,
De tanto poder se admira.
Que poder tus ruinas son.

Descansa en paz que tu sueño
Nadie turbará, Granada,
Que de tu vida pasada
Solo el recuerdo quedó;
Y aunque admiren tus encantos,
Tus palacios y tu gloria,
Tu nombre solo en la historia,
Para siempre se grabó.
Granada, bella Granada,
Que recostada entre flores
Un día escuchaste amores
Y solo llanto oyes hoy,
Recibe el canto del vate,
Que tu grandeza ha inspirado;
De hoy mas, llevará grabado
Tu nombre en su corazón.

M. SECO Y SHELLEY.

RECUERDOS.

I.

Era una hermosa tarde de julio.

La brisa del mar que es el calmante con que la naturaleza mitiga en el verano los rigores del sol canicular en los pueblos del Mediodía, aromándose con el perfume de las flores hacia olvidar las ansias del día, y pensar en las dulzuras de la noche.

Las noches de verano, en los pueblos de la costa son bellas, alegres y purísimas.

Porque es bello, alegre y puro el color del cielo, y tienen belleza los campos, y son alegres los cantos de las aves y puros los sonidos que donde quiera se escuchan.

Porque si algun canto de ave se oye por la noche es del ruiseñor, que siempre agrada á pesar de su amorosa melancolía.

Y los sonidos que se perciben son el murmurio del aire y el murmullo de las aguas, y esos vagidos misteriosos de la tierra y de las plantas que no se esplican y sin embargo se sienten.

II.

Mi corazón elevaba al cielo un himno, cuyas notas sin modularlas los labios, cruzaron el espacio envueltas en el perfume de las flores, y las ondas del aire.

Era un suspiro prolongado, pero un suspiro de felicidad.

Pocas veces tan feliz como esa noche, tan bella y de tan hermosos recuerdos.

III.

¿Habeis visto por las tardes cuando el sol traspone los montes que limitan el horizonte visible de nuestros alrededores, una jóven que cuenta apenas veinte años, bella como las náyades que nos describen en sus cantos los poetas? ¿Nunca junto á la orilla del mar habeis visto impresa en la dorada arena, la huella de su planta?

¿No habeis escuchado su voz mas trinitadora que la del mirlo, mas dulce que el quejido de un niño, mas armoniosa que las armonías de Weber?

¿No habeis sentido nunca la impresion que produce su mirada?

IV.

Ella es pura como el sueño de los niños.

La ví un día en que los celos nublaban su frente, y la tristeza empañaba de lágrimas sus ojos, y desde entonces su imagen no ha podido borrarse de mi mente.

En mi memoria su recuerdo, retratada en mi corazón su figura, yo adivino sus pensamientos porque leo en su alma, y si alguna inquietud me a-alta de vez en cuando, es el temor de perder su confianza.

Ni las promesas del mas acendrado amor, ni las pruebas de la pasión mas pura y vehemente, unas y otras hechas de mucho tiempo acá, bastan á convencerla.

Sus ojos siempre fijos en el cielo, de allá espera la dicha que dice no es posible hallar en la tierra, y cada vez que la sorprende en esta posición tan bella cuanto es menos estudiada, le digo con Trueba *allá se irán á juntar tus amores y los míos.*

V.

Iba la noche avanzando, y reculado sobre la escollera del puerto, viendo cómo las olas perdían humildes su bravura ante un pequeño muro de arena, y los barcos se mecían en el azul de las aguas, y la luna rielaba en el mar, y todo era bullicio y dicha y algazara, y todos gozaban, yo triste y pensativo, sin poder alcanzar una mirada; decidíame á pedir su retrato á una amiga suya para tener al menos algo de esa mujer que es la ilusión de mi vida, y el límite de todas mis ambiciones.

VI.

Así iba discurriendo, triste y abatido me levanté de aquel sitio donde había visto pasar tantas horas embebido en su recuerdo, siempre bello para mí, para mí siempre agradable, y ya me disponía á buscar algun consuelo á mis males, cuando la manía de filosofar que se apodera de todos los desgraciados, me poseyó violentamente, y halagado por la fresca brisa del mar, me senté de nuevo en aquel sitio, en el que siempre me retenía el recuerdo de su imagen.

VII.

¿Qué es un retrato? Hoy que la fotografía se ha encargado de multiplicar nuestras imágenes al infinito; hoy que á cualquiera es dado tener lo que antes solo poseían los individuos de una familia ó una persona verdaderamente querida, el poseer el retrato de la persona que se ama ¿tiene alguna significacion?

Paréceme que no, como tambien que es casi una virtud que tiene mucho mérito, no solicitar la posesion de un objeto que no es ya mas que la prueba de una verdadera manía.

Porque indudablemente es una manía que se ha generalizado mucho, la de tener un voluminoso álbum de fotografías.

Y aunque por algunos se lleve escrupuloso cuidado de tener un álbum de familia, otro de notabilidades y otro de objetos artísticos, aunque algun amante llevase su delicadeza hasta el punto de tener separado de los otros el retrato de su amada, yo creo que el mejor álbum es el corazón; allí es donde únicamente puede guardarse el retrato de la mujer, cuyo recuerdo forma parte de nuestra existencia.

No debo pedirle su retrato; para verla tan pura y tan hermosa como es, no necesito mas que cerrar los ojos del cuerpo unos instantes, para en seguida verla con los ojos del alma, tan bella como no podrian presentármela *Disderi, Laurent ni Gautier*.

Porque en las nubes de una mañana de primavera, en el cáliz de una flor, en la niebla del río, en las sombras de la noche, donde quiera que sea, allí veo su imágen que me sonríe, tierna y amorosa como nunca he conseguido que en realidad se me presente.

VIII.

Con estas y otras reflexiones pasaron horas y horas, y con ellas el silencio de la noche, notándose en todas partes el movimiento de la naturaleza cuando despierta el nuevo día.

Las sombras iban desapareciendo, el aire traía mas delicados perfumes, el cielo era mas bello, las aves cruzaban el espacio, y todo era vida y belleza y alegría.

Solo yo triste y abatido, escribía en mi cartera.

Una noche mas de insomnio. Un día menos de vida. Lo mismo hoy que ayer. ¿Cómo hallar la felicidad que me niegan en la tierra?

F. ROVIRA AGUILERA.

BIBLIOGRAFIA.

PRIMERA Y SEGUNDA SERIE DE LOS «PROVERBIOS EJEMPLARES,» POR DON VENTURA RUIZ AGUILERA.

Este distinguido y popular escritor acaba de dar á luz, con el título que encabeza estas líneas, una coleccion de novelitas basadas en locuciones, modismos, frases, espresiones proverbiales y proverbios en realidad; las cuales, si bien eran conocidas antes por una parte del público, no lo eran cuanto debian, en atencion á hallarse dispersas en diferentes periódicos, y publicadas en épocas distintas. Censurable podia ser, hasta cierto punto, que hubiese reunido el señor Ruiz Aguilera, bajo un mismo título, asuntos que muy poca analogía tienen con el mismo, si previsora y acertadamente no hubiese consignado una nota, en la cual espresa que, para el objeto que se propone, pueden considerarse las mencionadas frases, locuciones, etc., como proverbios ejemplares. El señor Aguilera, harto conocido ya por sus *Cantos nacionales*, en los que se revela todo el entusiasmo del patriota; por sus *Elegías á Elisa*, en las que se adivina la ternura y el dolor del padre, que se lamenta en dulcísimas estrofas de la pérdida de su hija; por sus magníficos *Idilios*, que deseáramos ver tambien coleccionados, y en los que se admira al escritor festivo y galano, al par que conocedor de la sociedad en que vivimos, no necesita seguramente de nuestro humilde juicio, ni del de la prensa en general, para que el público lea con avidez el libro que nos ocupa. El señor Aguilera ha comprendido perfectamente, al publicar sus *Proverbios*, el gusto y las exigencias de una sociedad esencialmente mercantil; de una sociedad cuya alma es el *negocio*, y que sin otro norte que el afán del *lucro*, camina, como el siglo en que vive, en alas del vapor y de la electricidad.

Por ello tal vez le ha dado un libro de cortas dimensiones, de asuntos varios, que encerrados en breves páginas, bastan sin embargo á producir el efecto que pudiera apetecerse en obras de mayor volumen y de mayor importancia. El hombre que no lee por no perder un tiempo precioso, el que rechaza libros magníficos que pueden servir de saludable pasto á su inteligencia, toma los *Proverbios*, y sin querer á veces, empieza uno porque está concisamente escrito, y tras de aquel otro, leyendo hasta el final.

Tal es el interés que inspiran, y la verdad con que en ellos están retratados algunos tipos de nuestra sociedad... Hoy que el vicio y la desmoralizacion cunde y se desarrolla á nuestro pesar: hoy que la hipocresía viste de

etiqueta para que en ninguna parte se le niegue la entrada; que la amistad, enemiga de aquella, se retira amostazada de la escena; que el *negocio* camina en triunfo desde los ministerios á la multitud de sociedades de crédito establecidas en Madrid: hoy que la *comedia* ó las comedias trascendentales se ejecutan en los teatros por nuestros primeros actores, y se interpretan divinamente en el mundo por los que ni aun pretensiones abrigan de cómicos de la legua: hoy que, á vivir Scribe, veria representarse todos los días y á todas horas una segunda *Farsa* mejor que la escrita por él, necesario nos era un literato que en cuentos ligeramente escritos, aunque maduramente pensados, retratase parte de esa misma sociedad, con sus vicios y sus virtudes, sus preocupaciones y sus esperanzas, ofreciéndonos en todos ellos, ó en la mayor parte, el paralelo del bien y el mal. Nótanse en todos los *Proverbios*, por ligeros que sean, estas tendencias moralizadoras; pero con tan vivos colores presentadas, que instantáneamente despiertan en nuestra alma la aversión al vicio y la repugnancia hácia todo lo que no es grande y generoso.

Los *Proverbios* del señor Aguilera, puede decirse que son la cámara oscura en que se reflejan las miserias humanas; sus cuadros parecen, no dibujados á la memoria, donde el pintor, por hábil que sea, puede olvidar algun detalle, sino frente á frente; como si el señor Aguilera, parodiando á Espronceda cuando dijo «párate, oh sol,» hubiese dicho: párate, sociedad; necesito, para eslabonar mis dolores á los tuyos, leer en el fondo de tu espíritu, fotografiarte en mi cartera, y analizar tu fisonomía moral, que oscurecida á veces por la física, nos seduce y nos engaña. Y así fue: el autor de los *Proverbios*, recorriendo desde la aldea, asilo de la sencillez, hasta la corte, arsenal de la mentira; desde la boardilla, hospedaje del trabajo unas veces, del genio otras, de la honradez las mas, de las desgracias, todas, y de la miseria siempre, hasta el palacio, donde, como hemos dicho antes, tiene franca entrada la hipocresía, nos describe una serie de escenas de la vida, que á ser mas extensas, nos desgarrarian el corazón... Y sin embargo, el señor Aguilera no anda á caza de situaciones forzadas, ni de efectos traídos por los cabellos, ni de muertes, robos, escalamientos y otras menudencias por el estilo: su lenguaje, por el contrario, es castizo las mas veces, desaliñado las menos, pero fluido, natural, ligero y adecuado á las situaciones en que se coloca ó al carácter del personaje que habla... En su deseo tal vez de retratar los tipos con propiedad, detiénese demasiado en la esposicion de los mismos, de manera que el argumento de algunos cuadros languidece algo al final; pero nada significa este ligero defecto, comparado con la belleza del conjunto... La locucion *El beso de Judas*... es, mas que locucion ó proverbio, una lindísima novela en que nos presenta el bien, personificado en Flores, protagonista de su obra, luchando con el mal, simbolizado en Peña... Aquel representa el espíritu en sus mas bellas manifestaciones; el deseo de gloria, la aspiracion constante hácia lo bueno: éste, la materia revelándose en la soberbia, la hipocresía, la vanidad. Los párrafos que pone en boca del cura de la aldea donde aquellos han nacido, están llenos de abnegacion evangélica, de humildad cristiana, de poesia, de verdad: cuando pide al conde padre de Aurora la mano de ésta para Flores, y aquel rechaza tal proposicion, porque Flores es poeta, y como poeta, pobre, son dignos de transcribirse los siguientes párrafos, en que con tanta ternura como verdad retrata á aquellos el señor cura:

«El poeta es el gran apóstol de la humanidad; sus cantos, sus lecciones, sus máximas, sus consejos, su verbo, en fin, encarnado en las diferentes formas de la oda, del romance, de la fábula, de la comedia, del discurso, del drama, de la epopeya, etc... caen sobre el pueblo como el rocío sobre los campos sedien-

tos que lo reciben; y el pueblo, no solamente los recibe y los aprende y los hace suyos, sino que, apóstol á su vez, toma parte en la propaganda, y esparce la semilla, como el labrador los granos de trigo en los surcos que abrió la reja.»

Inútil seria consignar los magníficos rasgos en que abunda *El beso de Judas*; porque seria necesario trasladarlo íntegro á nuestras columnas. Aunque de menos importancia en su argumento, si no en sus formas, bien merece citarse *Hacer de tripas corazón*, en el que se nos pintan las intrigas de teatros con indecible gracia; *Quien con lobos anda, á aullar se enseña*, que es un cuadro popular altamente moral y perfectamente acabado; *Quien escupe al cielo*; *Perro flaco, todo es pulgas*; y todos, en fin, porque todos los *Proverbios*, y cada uno de por sí, encierran bellezas de primer orden, y se hallan escritos con la misma galanura que se advierte en todas las obras de tan popular escritor.

Damos nuestro parabien al señor Aguilera por su nuevo trabajo, y esperamos que el público no recibirá con su acostumbrada indiferencia un libro tan útil por las bellas máximas que encierra, cuanto por los profundos conocimientos que del corazón humano revela, y la verdad y sencillez con que se halla escrito.

FRANCISCO DE P. ENTRALA.

LETRILLA.

¿Qué hechicero tono!

¿Cómo al gusto brinda!

¿Qué dige tan mono!

¿Qué cosa tan linda!

Que un rapaz flamante,

Que el mirar lo alegra,

De momo se plante

La máscara negra,

Mordiendo cual suegra

Cuanto se le alinda:

¿Qué dige tan mono!

¿Qué cosa tan linda!

Que una damisela

Pintadita al óleo,

Con saber nos muela,

Cuestion, testo, y folio;

Y en cualquier escolio

Singular prescinda:

¿Qué dige tan mono!

¿Qué cosa tan linda!

Ver á don Paneracio,

Guapeton de fama,

De cuidados lacio

A par de madama,

Si dice que la ama,

Mas blando que guinda:

¿Qué dige tan mono!

¿Qué cosa tan linda!

Ver un rapaz tierno

Hecho una gragea,

Con dige de cuerno

En danza pigmea,

Fingir la jalea

Que en su edad no brinda:

¿Qué dige tan mono!

¿Qué cosa tan linda!

Si yo impertinente

Hablo una simpleza,

Notar que una gente

De seso y grandeza

Vuelva la cabeza,

Y atencion me rinda:

¿Qué dige tan mono!

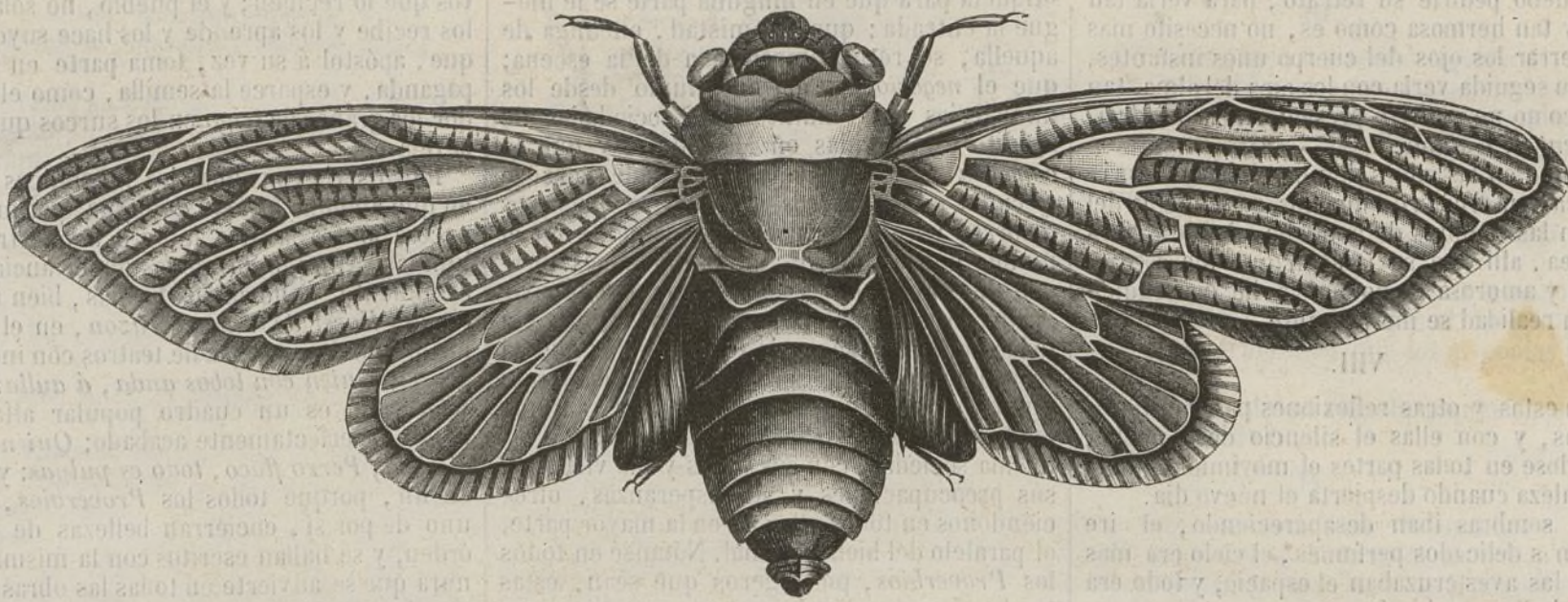
¿Qué cosa tan linda!

IGLESIAS.

HISTORIA NATURAL.

LA CIGARRA.

La *cicada* segun Linneo, ó *cigarra* como vulgarmente se llama, es uno de los insectos mas notables que se conocen. Tienen la cabe-



HISTORIA NATURAL.— La Cigarra.

za tan ancha como el coselete; los ojos abultados; tres ojillos sobre la frente en forma de triángulo; las antenas cortas: el primer arto bastante grueso, y los demás, que son cinco, disminuyendo en forma de puñal; los elitros y las alas envuelven el cuerpo durante el sueño; y sus patas no son adecuadas para saltar; su interior se divide por medio de un tabique; es triangular en dos celdillas, cada una de las cuales presenta dos membranas, una plegada y otra diáfana y delgada que se conoce con el nombre de *lente*. Hé aquí lo que un escritor notable dice acerca de ella:

«Las *cigarras* (cicada) viven en los árboles chupándose la savia, y durante los días hermosos de verano, en las regiones meridionales del globo, donde se encuentran con abundancia, permanecen días enteros en los arbustos, espuestas a los ardores del sol, produciendo un canto muy agudo que se oye desde bastante lejos.

Las hembras carecen de órganos de canto, ó por lo menos no tienen mas que rudimentos, de los cuales no pueden hacer uso, y están provistas de un taladro compuesto de tres piezas escamosas, que les sirve para horadar las ramas de los árboles muertos y depositar en ellas sus huevos. Las larvas que salen de estos huevos abandonan á poco sus agujeros para introducirse en la tierra, al pie de los árboles, donde crecen y se trasforman en ninfas.

Las cigarras no solo han sido conocidas, sino también observadas desde la mas remota antigüedad. Se asegura que los griegos comían sus ninfas y hasta sus insectos perfectos; las consideraban como el símbolo de música y encontraban mucha melodía en su canto; las conservaban en jaulas, como se hace en el día con los pajarillos, y los poetas no se desdénaron de modular versos dedicados á estos insectos que suponían ser amados con ternura de las musas y del mismo Febo. Los latinos no tuvieron tanta veneración por el canto de las cigarras, porque Virgilio y algunos otros, las señalan como insectos que producen un sonido ronco y desagradable.

El número de las cigarras es muy considerable y se hallan esparcidas en las regiones meridionales de todas las partes del mundo. Varias especies tienen las alas adornadas con colores muy vivos y variados, aunque en la mayor parte son transparentes é incoloras.

Sus especies mas notables son muchas, pero sobresale entre ellas la *speciosa*, que tiene tres pulgadas y tres líneas de largo comprendiendo

las alas, y seis y media pulgadas de extremo á extremo de dichos órganos estando abiertos. Su cuerpo, la cabeza y las antenas son negras; el borde anterior del protórax y una lista ancha que llega hasta su borde posterior, de color amarillo verdoso; la parte posterior del mesotórax, ferruginosa; los elitros de color verde botella, aterciopelados, y sus nervaduras rojo-ferruginosas; las alas negras con el borde transparente é incoloro; el abdomen negro también con el quinto, sexto y séptimo segmentos amarillo verdosos, únicamente por encima, y las patas de color negro brillante. Esta especie ha sido hallada en las Indias orientales.

MIS PRIMERAS LÁGRIMAS.

I.

Era un ángel.

Apenas contaba trece años.

Había tal espresion de virtud en su mirada, que á pesar de ser una niña me infundía un religioso respeto.

No sé cuánto hubiera dado por llamarme hermano suyo.

Muchas veces, un sentimiento desconocido se apoderaba de mi alma y entonces su recuerdo producía en mi corazón una tierna melancolía.

¡Cuántas otras, en el canto de las aves, en el aura apacible y pura, creí escuchar su voz! y ¡cuántas en el matiz de las flores, en el color de los cielos, creí admirar sus bellos ojos!...

Yo no podía comprender por qué todos mis sentimientos eran para aquella niña; por qué me embriagaba su recuerdo: por qué sentía aquellas dulces emociones.

Así pasaban los años.

Y la veía crecer pura y hermosa,

Y pasó también la alborada de mi vida.

II.

Un día la niña fue mujer.

Entonces comprendí cuán bella era.

Entonces la amé.

Mi amor era tan puro, tan santo, como el de los ángeles, como el único amor que ella podía inspirarme.

La amé sin esperanza, como se ama una bella ilusión.

Las preocupaciones de la sociedad habían puesto una inmensa valla entre ella y mi amor.

Aquel amor lo guardé en mi pecho como el secreto de mi vida.

Sonreí al mundo y me creí feliz engañando á mi corazón.

Mas ¡ay! ¿quién puede engañar su propio corazón?

Quise olvidarla y la amé mas.

Entonces resolví revelarla mi secreto, y lo hice.

Su respuesta fue el silencio.

Mis ojos derramaron lágrimas de hiel.

En mi dolor acudí á Dios, y en él allé el consuelo para mi alma.

No encontrando amor en la tierra, había ido á huscarle en el cielo.

III.

Todavía la amo.

Aun conserva mi corazón las primeras impresiones de mi niñez.

En el fulgor de una estrella, en el azul del mar, en el suspiro del céfiro, creo verla feliz, alegre y radiante de hermosura.

Cuando me acarician estas gratas ilusiones me considero dichoso.

Olvido lo pasado y solo veo lo presente.

Dios ha infundido en mi alma la santa resignación de un mártir.

F. DE LA CRUZ ROVIRA.

CANTARES.

I.

Caminito del bosque,

Hay una piedra;

¡Cuántas cosas diría

Si hablar pudiera!

II.

Cuando miro tus ojos

Niña querida,

Tu mirada á mis ojos,

Le dan mas vida.

III.

Palomita que el prado,

corres ligera,

Si á mi Nice encontrases,

Dí que me quiera,

Que sin ella, la vida

Me desespera.

J. AMELL.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.

Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días después de su publicación.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Duran, Carrera de San Geronimo; Dochoa, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Matheu.

En Provincias, Estranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.